

TILL DEATH DO US PART



¿Una boda? ¿zombies? aunque pueda parecerlo, esto ni es “Rec3”, ni en las fotos podréis ver a Leticia Dolera o al incombustible Atún. Esto, a pesar de cualquier parecido, es “Till death do us part”, el título que supone un punto de inflexión en la carrera de Julián Lara.

por Ángel Agudo

La conversación no puede empezar de forma más sorprendente. “*Sé que he hecho muchas cosas mal*”, explica Julián antes de volver a partir hacia Estados Unidos, donde ha vivido los últimos trece meses. “*No sé... después de Sweet blood lo vi claro y si me quedaba aquí iba a seguir haciendo siempre lo mismo*”, añade. Julián es, claro, Julián Lara (Sevilla, 1975), el tipo que hace años tan pronto aparecía en Fangoria como en Crónicas Marcianas, el autor de *Evil Night* y *Deadhunter: Sevillian Zombies*, el cineasta que metía las camisetas de sus cortos hasta en *Un paso adelante* y en definitiva, el chico de Sevilla que se convirtió en Rey e incluso Emperador de toda una filosofía consistente en rodar con lo puesto.

Pero Julián Lara es bastante más que ese personaje que campeó por los festivales de media España y parte del universo. Es también alguien al que ahora le cuesta ver las bondades de aquellos trabajos y alguien con la suficiente valentía como para haber cogido la maleta y enrolarse en las filas de la The Los Angeles Film School a una edad a la que muchos piensan en batirse en retirada. Tras mil aventuras en la Costa Oeste de Estados Unidos que a buen seguro le darían para publicar un nuevo libro, de cientos de horas de estudio, rodajes varios y de días leyendo el L.A. Weekly, al director de *Sweet blood* se le presentó un problema... podía simplemente graduarse en la escuela de cine y tener el título, o además podía rodar una “tesis” que aunque opcional, le serviría para demostrar lo aprendido en Hollywood. “*Vendí mi coche*”, explica,

“tenía pensado hacerlo más tarde para conseguir un dinero que me permitiera vivir en Estados Unidos, pero pedí consejo a amigos de allí y decidí que tenía que usarlo para hacer un corto. Tenía que tener algo rodado que fuera el salto de calidad que la gente me decía que tenía que dar”.

Así, Lara empezó a preparar *Till death do us part*, una comedia de zombies ambientada en los años ochenta y en la que una novia celosa provoca que su propia boda sea asaltada por las ex de su futuro marido. La historia continuaba el estilo y la sensibilidad de Julián al tiempo que suponía la ruptura que perseguía y que le había llevado desde Sevilla hasta Estados Unidos. Y es que Julián

sigue fiel a él mismo, a esa suerte de Gregg Bishop de Alcalá de Guadaíra que no se guarda nada de suspense bajo la manga, pero todo ha cambiado y ahora, las piezas que forman su imaginario han mutado para dar pie a una versión elegante de sí mismo en la que la narración fluye mejor, en la que los planos están cuidados e incluso, en la que luce una Red One operada por Jon Aguirresarobe donde en tiempos había llegado a existir una handycam miniDV.

El rodaje dura tres días, en la capilla de un hospital.

Julián sigue fiel a él mismo, pero todo ha cambiado y ahora es una versión elegante de sí mismo



